

Entrevista

Cómo citar: Bejarano, A. y, Forero-Mora, J. (2020). Pragmatismo y naturalismo: conversación con María José Frápolli sobre la lógica, la argumentación y su enseñanza. *Polisemia*, 16 (30), 133-148. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.16.30.2020.133-148>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 5 de Julio 2020

Aceptado: 15 de agosto 2020

Publicado: 15 de octubre 2020

Ángela Rocío Bejarano y José Andrés Forero-Mora

Pragmatismo y naturalismo: conversación con María José Frápolli sobre la lógica, la argumentación y su enseñanza¹

Pragmatism and naturalism: a conversation with María José Frápolli on logic, argumentation and its teaching

Pragmatismo e naturalismo: um diálogo com María José Frápolli sobre lógica, argumentação e seu ensino

Ángela Rocío Bejarano

Docente Universidad pedagógica Nacional.

Correo electrónico: arbejaranoc@pedagogica.edu.co

José Andrés Forero-Mora

Docente UNIMINUTO.

Correo electrónico: jforero@uniminuto.edu
<https://orcid.org/0000-0003-1940-4024>

Con motivo de la edición de este número monográfico, hemos invitado a la profesora María José Frápolli, catedrática de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Granada y profesora honoraria del University College de Londres, para conversar en torno a su trayectoria dentro de la lógica, la argumentación y su enseñanza, así como sobre sus posturas actuales al respecto.

Editores (Ed): Extendiéndote un saludo cordial, nos gustaría iniciar esta conversación pidiéndote que nos cuentes quién es María José Frápolli y cuál es tu trayectoria dentro de la lógica, la argumentación y la enseñanza de estas disciplinas en ámbitos de la filosofía y fuera de la filosofía.

María José Frápolli (MJF): Muchas gracias, José Andrés y Ángela. Para mí es un honor que me hayan invitado. Lo digo de verdad, me hace mucha ilusión porque me gusta mucho poder decir cosas para América Latina, que normalmente recogen lo que digo con mucha curiosidad y con mucho interés;



1 Agradecemos a Nicolás Romero Celis por su ayuda en la transcripción de una parte de esta entrevista.

y muchas veces he pensado que al ser un continente lleno de gente joven, con una Universidad joven, tiene una ventaja enorme: tiene toda la parte buena de la juventud, es decir, el interés, la posibilidad de hacer, de tomar opciones revolucionarias, de tomar opciones nuevas, y no tiene todos los defectos y toda la pesadez de la academia europea que realmente a veces se hace insufrible. Por eso me gusta mucho poder trabajar con gente del otro lado del Atlántico y me da mucha alegría que hayan contado conmigo para hacerme esta entrevista.

Por otro lado, ¿quién es María José Frápolli? Aquí quiero hacer una declaración: *soy una filósofa*. Esto no es un asunto superficial, es algo que he pensado, solo recientemente, porque lo que quiero ser es una filósofa; ya tengo mucha historia por detrás y tengo mucho trabajo hecho. Pero, ¿qué significa ser una filósofa? Significa pensar con un poco de libertad. Libertad no quiere decir “sin el peso de la academia”, en otras palabras, sin saber. ¡No! Tienes que saber, no es que de pronto un chico o una chica joven con 20 o 25 años se invente la historia de la filosofía. Eso no funciona, porque normalmente, como diríamos en España, al final: “se va a inventar el Mediterráneo”. No es mi caso, pues yo ya tengo una amplia trayectoria y he trabajado mucho dentro de la academia. Las mujeres tenemos especialmente mucha dificultad para considerarnos filósofas porque es raro, es decir, los hombres son los filósofos, son pensadores porque son profundos, puesto que dicen cosas enigmáticas; mientras que las mujeres se supone que tenemos muchas fantasías y mucha intuición femenina, pero aparentemente no somos capaces de llegar a ningún tipo de pensamiento profundo. Por eso reivindico mi condición de filósofa en la esperanza de que otras mujeres puedan reivindicarla también; entonces en ese espíritu voy a hablar de quién soy.

Además de filósofa, obviamente soy una profesora de filosofía, principalmente de lógica y de filosofía del lenguaje, entre otras disciplinas. Mi trayectoria ha sido rara y eso, en un cierto sentido, me parece que ha sido muy bueno. No la he elegido yo y no creo que haya ningún mérito mío, es que la vida me ha llevado por donde me ha llevado. Yo empecé haciendo mi tesis sobre la teoría de números transfinitos de Cantor, es decir, sobre filosofía de las matemáticas, filosofía de la teoría de conjuntos, que me parece una cosa maravillosa e interesantísima. Pero rápidamente me fui dando cuenta de que los problemas en filosofía de las matemáticas y de la lógica son exactamente los mismos que en la filosofía del lenguaje, que en la lógica en general, etc. Entonces, fui abriendo mi campo, me fui moviendo hacia la filosofía del lenguaje pensando básicamente en el concepto de verdad, en varios conceptos, pero el de verdad fue central. ¿Qué significa que algo sea verdad en matemáticas? Era mi pregunta cuando trabajaba sobre Cantor y, naturalmente, de la mano de este concepto viene el de existencia. Luego, me di cuenta de que no podía hacer eso en filosofía de las matemáticas, si no me metía en filosofía del lenguaje. Una cosa que también quisiera reivindicar es que la filosofía no tiene fronteras, es decir, si tú te dedicas a la lógica eso no te inhabilita para dedicarte a la epistemología, ni la epistemología te inhabilita para dedicarte a la metafísica. Nosotros estamos trabajando con conceptos y con nociones que son completamente transversales, sobre



todo, la gente que nos dedicamos a la filosofía de la lógica. En ese sentido, yo he tocado –como se dice en España– todos los palos, he trabajado en muchas cosas distintas, pero con la idea puesta siempre en el análisis de los conceptos fundamentales del pensamiento abstracto, que son: la verdad, la generalidad, la identidad y la existencia básicamente, y de ahí a la validez y la consecuencia lógica, etc.

Esa ha sido mi trayectoria, y durante mucho tiempo he trabajado en cuestiones de filosofía del lenguaje centrales, vosotros conocéis mi trabajo sobre François Recanati, sobre el contextualismo, etc., y siempre con un ojo puesto en la filosofía de la lógica, que es lo que realmente siempre he querido hacer. Ahora, ya a esta altura de mi carrera, he tenido el tiempo de dedicarme a cuestiones de filosofía de la lógica, pero desde una perspectiva un poco peculiar, en otras palabras, desde la perspectiva de una persona que sabe cómo funcionan ciertos conceptos. Yo digo muchas veces: “*uno no puede hacer nada en filosofía de la lógica y en lógica si no sabe filosofía del lenguaje*”. Es una afirmación fuerte, lo siento mucho, no me la he inventado yo.

La primera estancia de investigación que tuve, después de leer mi tesis sobre Cantor, fue en la Universidad de Warwick, fui a trabajar con Susan Haack. Ella me inició en la metodología pragmatista, que es la que he seguido todo este tiempo. Pragmatismo significa muchas cosas distintas, de hecho, un pragmatista no debería preocuparse por qué significa pragmatismo –primera lección de pragmatismo–. En mi caso, como interpreto “pragmatista” es: “*tener sentido*”, es decir, yo no puedo trabajar ni puedo enseñar a mis alumnos algo que no tiene sentido y eso me ha pasado con la enseñanza de la lógica. Los filósofos y las filósofas trabajamos con conceptos, con proposiciones, con entidades abstractas, con afirmaciones abstractas muy complejas, pero la única razón de existir que tenemos es que eso en último extremo tenga algún tipo de relevancia (de sentido) para discusiones que tengan importancia social o personalmente. Nosotros no podemos trabajar completamente desconectados de la vida de la gente y la vida intelectual, o la vida científica, etc.; debemos tener alguna manera de trazar puentes entre las cuestiones que decimos y, por ejemplo, el trabajo que hacen los científicos, los políticos, los profesores. Este pragmatismo lo he ido cultivando con mucho interés, combinándolo con mi trabajo sobre Frank Ramsey, de quien aprendí leyéndolo, estudiándolo y traduciéndolo.

Una parte de lo que soy tiene que ver con ese tipo de orientación pragmatista y la otra está relacionada con las cuestiones formales. Estas últimas, me vienen de mi formación, de mi trabajo en la tesis, pero también de mi trabajo personal con Christopher Williams, para mí el mejor filósofo de la lógica del siglo xx. Aparte de ser un excelente filósofo de la lógica, tenía una formación muy clásica (tradujo a Aristóteles, por ejemplo), lo cual para mí es muy importante, pues, como he dicho antes, la filosofía no tiene compartimientos estancos (no puedes ser un buen filósofo sabiendo solo lógica matemática). Christopher Williams tenía ese gusto por las cuestiones formales, por los aspectos lógicos-semánticos de las expresiones de los cuales he aprendido tantísimo.

Contrario a lo que muchos piensan, el pragmatismo que he expuesto antes se complementa con los intereses formales a los que me acabo de referir. Algunos piensan que a las personas que somos pragmatistas no nos importan las definiciones correctas, que no nos importa la precisión en el lenguaje. ¡Falso! Lo que tenemos claro los pragmatistas es que los conceptos que utilizamos normalmente no se dejan definir en términos de condiciones necesarias y suficientes, pero podríamos preguntar ¿por qué? Y la respuesta es porque no se dejan, porque son así, ¡punto! Si los traducimos y los intentamos definir de manera precisa, lo que hacemos es cambiarlos por sus contrapartidas científicas. En ese caso, tenemos que ser conscientes de que estamos eligiendo y tratando solo algunos aspectos de ellos. En este último sentido, también reivindico la tradición pragmatista que viene del segundo Wittgenstein: los conceptos no tienen límites precisos, el seguir una regla no es algo que se puede hacer con un libro de instrucciones. Así, declararse pragmatista no quiere decir renunciar a la precisión, al análisis. Precisión aquí no quiere decir trazar fronteras artificiales, pero sí *saber siempre de qué estamos hablando*, aunque las fronteras sean vagas. Hay que enseñarles a los alumnos esto de la precisión, porque un filósofo sin precisión es un charlatán y hay que tener mucho cuidado con esa frontera.

Como ya sabéis, la noción de verdad es central en el desarrollo de toda mi carrera. Me acerqué a la “concepción prooracional de la verdad” cuando estuve trabajando con Williams y, de pronto, me pareció *la* correcta en el sentido de que *explica correctamente cómo utilizamos la noción de verdad en el lenguaje natural*. Algunos filósofos me dicen “¡esa es tu concepción de la verdad!” y yo siempre les respondo: “no es mía, es la tuya igual que la mía, es la que tenemos”. Esto es parte de mi pragmatismo, de mi interés por dirigir nuestra mirada a lo que hacemos, a las prácticas. No podemos discutir la noción de verdad haciendo lo que hizo Alfred Tarski, porque luego empezamos a incluir entidades que no tienen sentido y terminamos con que hay una jerarquía de predicados de verdad potencialmente infinita que no es transversal al lenguaje; eso nos debería hacer pensar que estamos hablando de otra cosa distinta. La concepción prooracional de la verdad que descubrí gracias al trabajo con Williams ha sido central en mi carrera y es un muy buen ejemplo de esa combinación entre pragmatismo y precisión de la que os había hablado.

Luego descubrí, casi que, por casualidad, Ramsey también habló de prooraciones, cosa que Williams no sabía. Y ha sido hasta este momento para mí una cruzada; cada vez que hablo en algún sitio lo que digo es: “Ramsey lo dijo primero”. Porque la gente tiene en la cabeza que Ramsey tiene la concepción de la verdad como redundancia, y eso es simplemente falso; él tenía una concepción prooracional de la verdad. Luego, me dio muchísimo gusto descubrir que Robert Brandom, otro de mi filósofos favoritos –para mí uno de los mejores filósofos vivos, quiero decir, de los cinco mejores filósofos vivos– también tenía una concepción prooracional de la verdad, con lo cual, digamos, me reafirmé mucho en mi posición. Brandom para mí, como vosotros sabéis, también ha sido fundamental –estoy mencionando a los filósofos que realmente han determinado mi carrera, no me olvido de



Gottlob Frege, pero de Frege voy a hablar después, con Frege por supuesto nadie puede competir (ja ja ja)–. Hablando de los filósofos que han tenido más influencia en mi carrera, nos podemos dar cuenta que todos ellos tienen una perspectiva pragmatista, y repito “pragmatista”, ya que no significa más que lo que he dicho: “tiene que tener sentido”.

La otra pata que queda para definir el concepto que tengo de mis posiciones filosóficas tiene que ver con el naturalismo, también en un sentido peculiar. Yo no soy naturalista en el sentido quineano –por cierto, no hay nada como *el* sentido quineano del naturalismo; Willard van Orman Quine introdujo cerca de veintisiete sentidos de lo que significa ser naturalista–. En mi visión no hay ningún aspecto que sea reduccionista. Lo único que quiero decir con que soy naturalista es que tenemos que entender qué es lo que hacemos los filósofos sin apelar a propiedades o a capacidades que excedan las propiedades que tenemos como mamíferos, o como seres humanos o como sapientes.

Para cerrar la primera pregunta, he dicho “soy ante todo una filósofa”. Esta es mi trayectoria filosófica y esto es lo que me importa: *dar sentido*. Tengo una obsesión pesadísima por ser muy clara –a veces eso puede ser un defecto y a veces una virtud–, soy muy pesada en la absoluta claridad, porque de otro modo creo que no servimos para nada. También digo: “soy una profesora, soy una profesora al mismo tiempo que soy una filósofa”. Mis alumnos me entusiasman, siempre me han entusiasmado. A mí me gusta dar clase, me gusta discutir con gente joven, me gusta tener tutorías; cuando la gente me pregunta cosas no tengo pereza para contestar, porque me parece que una parte fundamental de lo que hacemos es transmitir conocimiento y educar en la filosofía. Yo no veo con ningún sentido mi vida profesional si no estuvierais vosotros y si no estuvieran otros, como vosotros, y mis alumnos más jóvenes, etc. Y una parte de lo que soy ahora –como luego explicaré cuando hablemos también de la lógica y de la enseñanza de la lógica–, tiene que ver con lo que sois vosotros y con mis alumnos. Con esto creo que he respondido algo a la primera pregunta.

Ed: Antes de continuar con la segunda parte, nos gustaría hacerte una pregunta que está relacionada directamente con toda la trayectoria que nos compartes y con los autores que han sido relevantes en tu carrera. ¿Nos podrías contar acerca de lo que en este momento está ocupando a María José Frápolli?, ¿cuál es el trabajo académico que estás desarrollando ahora mismo?

MJF: Estoy terminando un libro, lleva por título *Frege Pragmatised*. En él pretendo explicar cómo debería ser una aproximación filosófica a la lógica que retome el proyecto de Frege e incorpore toda la riqueza pragmatista de autores que ya he mencionado como Ramsey, Williams, Brandom, Wittgenstein, etc., y que además pudiéramos llevar al aula o a la investigación. La razón por la que he escrito este libro, que me lleva rondando la cabeza como 10 años, es porque yo a mis alumnos les tengo que dar una respuesta, y vosotros sabéis que en clase yo intento que mis alumnos entiendan la importancia de lo que hacemos cuando hacemos lógica y filosofía de la lógica. Tal como se explica la lógica y como la discuten los filósofos de la lógica es muy difícil para los



alumnos que vean alguna relación entre lo que se les enseña bajo el rótulo de “lógica” y algo que tenga que ver con sus intereses, por muy interesados que estén en cuestiones filosóficas. Lo que he pretendido hacer, y espero haberlo conseguido, es algo así como cambiar la narrativa en filosofía de la lógica; no cambio los autores, no cambio los conceptos (yo no me voy a inventar ahora el concepto de consecuencia lógica), *pero sí que cambio la narrativa*: ¿por qué hacemos estas cosas?, ¿desde qué punto de vista?, ¿para qué nos sirve? Mi trabajo en filosofía de la lógica ahora tiene que ver con eso fundamentalmente.

En los últimos años, en cuestiones de filosofía lenguaje (yo nunca dejo la filosofía del lenguaje), he trabajado mucho sobre la noción de expresivismo, la cual se aplica directamente sobre mis posiciones en lógica, de hecho, el expresivismo lógico es un tipo de expresivismo. Esto es algo que Brandom también vio. Me fascina Brandom porque he encontrado cosas que yo, por mi cuenta, he pensado; lo cual me ha facilitado ir entrando en su pensamiento.-

En cuestiones de filosofía del lenguaje, estoy muy obsesionada con defender un no-descriptivismo en teoría del significado. Tenemos la manía en filosofía del lenguaje clásica de creer que, cada vez que hablamos, decimos cómo es el mundo; ¡pues, por favor mirad a ver cuándo habláis y a qué sitios vais, porque yo no dedico mi vida a decir cómo es el mundo! Pero preguntaos –y esto es interesante que lo lean los alumnos– ¿vosotros vais por el mundo diciendo: “el gato está sobre la alfombra”, “el ordenador está sobre la mesa”, “el lápiz está a la izquierda de la libreta”...? ¡Yo no! y si alguien vive así, pues mala suerte. *No es verdad que utilicemos el lenguaje primariamente para describir cómo es el mundo*. Algunas veces tenemos como una especie de ideología completamente ridícula: pensamos que el significado es una representación de cómo son las cosas. Yo lo que os digo es algo que es profundamente pragmatista: “¡por favor, paraos y mirad!” Tenemos una ideología filosófica que está completamente en contra de nuestras prácticas reales y no nos damos cuenta, esto es pragmatismo.

Otra de mis actuales obsesiones es la de defender que *fundamentalmente no describimos con el lenguaje*; hacemos muchas otras cosas. Esto se relaciona directamente con mi trabajo sobre la noción de verdad, que ya he comentado. La teoría de la de la verdad como correspondencia no es falsa, es simplemente vacía, no dice absolutamente nada. Si no dice más que la correspondencia, es vacía, pero si se pone a explicar qué son los hechos – que son no sé cuánto y que son no sé qué–, lo que dice son sinsentidos. La teoría de la verdad como correspondencia no se puede negar porque hay una intuición muy básica que tiene que ver con ciertas cosas que no voy a discutir ahora, pero realmente como teoría no nos dice absolutamente nada de cómo funciona la noción de verdad. En la noción de verdad no hay ninguna relación privilegiada con el mundo, nosotros hablamos de la verdad para cualquier tipo de tema.

Para redondear, en cuestiones de filosofía de la lógica, lo que estoy haciendo ahora, es terminando esa especie de *narrativa* –quiero subrayar la palabra–, porque no es una teoría, es simplemente una invitación: “leed



esto, pensándolo y mirad si a lo mejor de esta manera podemos entender mejor qué es lo que hacemos cuando hacemos lógica”. En el aspecto de la filosofía del lenguaje lo que me interesa fundamentalmente es defender que el descriptivismo y el representacionalismo son simplemente un mito de los filósofos.

Ed: Entrando en el terreno de la lógica, que es uno de los temas de este monográfico, en la bibliografía contemporánea se encuentran diferentes maneras de entender la lógica y de enseñarla. ¿Qué piensas de esta diversidad de maneras de entender la lógica?, ¿cuál es tu propia manera de concebirla?

MJF: Es verdad que en el panorama contemporáneo hay diversas maneras de aproximarse a la lógica, y no estoy pensando ahora en teoría de la argumentación, sino en teoría lógica. Pero hay una cosa fundamental, que es muy obvia: *la distinción entre lógica y lógicas, entre lógica y cálculos*. No sé lo que es la lógica, no lo sabe nadie. Tengo muchas dificultades para pensar que podamos hacer una teoría de la lógica en general, pero lo que enseñamos, lo que tenemos en los manuales y lo que discutimos con nuestros colegas y estudiantes son cálculos, y *la lógica no son los cálculos*. Entonces, ¿tenemos pluralidad de qué?, ¿de cálculos? Y ¿qué son los cálculos? Yo lo he repetido muchas veces, los cálculos son modelos científicos, como el modelo del sistema solar o el modelo del átomo; son modelos, son constructos, son artefactos conceptuales. Esa es la idea de Frege.

¿Qué es lo que estamos haciendo con las lógicas, con los cálculos? Simplemente elegir ciertos aspectos que son relevantes para evaluar argumentaciones en ciertos ámbitos acotados del discurso. El cálculo de predicados de primer orden tiene más generalidad que otros, *pero no es general*. Ha sido una desgracia que lo consideremos general, puesto que, por ejemplo, nos hemos quitado de en medio cálculos de segundo orden, cálculos modales, cálculos epistémicos; nos hemos quitado de en medio cálculos donde hay operadores temporales, demostrativos y deícticos, etc. O sea, si el cálculo de predicados de primer orden fuera todo lo que tenemos que seguir cuando argumentamos, no habríamos sobrevivido como especie. Quiero subrayar que *esto lo ve cualquiera que mire*. Mi pregunta es: ¿por qué nadie mira? Puedo permitirme decir esto ahora porque soy mayor, porque soy vieja ya (ja ja ja), pero es lo que he visto siempre. El cálculo de predicados de primer orden es un modelo que sirve para ciertas cosas y no sirve para otras. ¡El cálculo de predicados no sirve para lo que no sirve! Pues bien, ¡mira qué interesante!

Se habla muchas veces de pluralismo *versus* monismo en lógica, y aquí tengo que decir que depende de lo que estemos hablando. Si hablamos de que hay pluralidad de lógicas porque hay pluralidad de cálculos, pues claro, lo acabo de decir. Pero la pregunta es: ¿qué relevancia tiene eso? Yo diría que no mucha. Afortunadamente hay gente que se da cuenta de que lo que es relevante para evaluar la validez de los argumentos en ciertos ámbitos es diferente de lo que es relevante para hacer lo mismo en otros y, en ese sentido, tenemos que identificar nociones diferentes. Por ejemplo, si trabajamos con el lenguaje natural necesitamos tener demostrativos y deícticos, pero si

hablamos de modalidad necesitamos operadores temporales, en cambio, si hablamos de las matemáticas no necesitamos operadores temporales, no necesitamos operadores modales y no necesitamos demostrativos ni deícticos, pues ese tipo de ámbito no requiere de ese tipo de instrumento. Entonces, yo no me creo que haya un pluralismo lógico, en el sentido de *la* lógica, aunque sí de *las* lógicas (en el de los cálculos), porque yo creo que *la* lógica no es más que el aparato inferencial de nuestro lenguaje y ese es el que tenemos cuando aprendemos a hablar. Cuando miro este tipo de cosas o tengo que evaluar artículos de gente que mantiene el pluralismo, parece que ser pluralista es mucho mejor. Ser pluralista en cuanto a los cálculos está bien (porque ser monista de los cálculos es una barbaridad), pero ser pluralista en cuanto a la lógica –en cuanto a la lógica en este sentido amplio de sistema inferencial–, a mí me parece simplemente que es no tener claro de qué estamos hablando.

Los argumentos son válidos o inválidos contextualmente, pero uno se compromete a lo que se compromete cuando afirma ciertas premisas, y eso no depende de lo que a mí me apetezca o de lo que a ti te guste, o de cuáles sean tus posiciones políticas o de... ¡No! Depende del marco, el marco lo define, pero la noción de validez es una noción única (la noción de validez lógica, en el sentido de consecuencia lógica; luego podemos tener otro tipo de validez más suave, por ejemplo, como apoyo probabilístico). En este sentido, no hay conceptos lógicos distintos que estén jugando, eso sí que no me lo creo. Nos creemos a veces que hay conceptos distintos que están funcionando porque nos dedicamos a analizar argumentos formalizados (i. e., con variables), es allí cuando a los filósofos y a los lógicos se nos ocurren todo tipo de locuras; y en esas locuras los conceptos terminan por perder el sentido. La cuestión es: tradúzcamelos a su lenguaje y entonces discutimos si hay diferentes nociones de consecuencia lógica. No sé si me estoy explicando, o sea, muchas veces nos parece que la cosa es muy compleja y puede tener contraejemplos porque *estamos trabajando* únicamente *con esqueletos* y no tenemos intuiciones claras y unificadas respecto de esos esqueletos. Pero si en lugar de trabajar con esqueletos nos dedicamos a trabajar con argumentos reales, os aseguro que las intuiciones de todos nosotros serían muy similares, y si no, tenemos maneras de hacerlas confluir en ese sentido.

En realidad, cuando hablamos de la lógica hay únicamente una concepción con muchos matices. Pero si vamos a mirar manuales y libros parece que funcionara una única concepción en realidad, que es *la concepción formalista de la lógica*. Según ella, las relaciones lógicas son relaciones entre fórmulas sin interpretar, entre estructuras. Parece como si la relación de consecuencia lógica fuera una relación entre esas estructuras y como si estas precedieran a los argumentos que nosotros hacemos en el lenguaje natural. Según esta concepción reinante, esas estructuras son las responsables de la validez o invalidez de los argumentos del lenguaje natural; tal argumento del lenguaje natural es válido porque, digamos, ejemplifica una estructura válida. Esta parece ser la manera en la que estamos condenados a estudiar y enseñar lógica.



Esta manera es una barbaridad y no tiene ningún sentido ni para un pragmatista ni para un naturalista, porque no tenemos ninguna manera de acceder a esas supuestas estructuras lógicas que determinan *a priori* la validez de nuestros argumentos normales; no tenemos ninguna manera de acceder a ellas si somos el tipo de animales que somos. Tendríamos que preguntarnos: ¿cómo las sabemos?, ¿cómo las conocemos?, ¿cómo entramos en contacto con ellas?, ¿cómo evaluamos si esas son o son diferentes?... Esa es la concepción de la lógica que reina hoy en día: la concepción de que hay ciertas formas lógicas que son *a priori*, a las cuales accedemos mediante algún tipo de intuición, mientras que las prácticas de la argumentación son, digamos, falibles. Por eso, según los defensores de esta concepción, tenemos siempre que guiarnos por ese tipo de estructura lógica.

En filosofía de la lógica, como en otros ámbitos de la filosofía, solemos mantener posiciones contradictorias sin que se nos mueva un pelo. Nos ponemos delante de nuestros alumnos con toda nuestra cara, diciendo cosas que simplemente son contradictorias o insostenibles. Aquí hay algo que tengo que decir, y es casi una cuestión ideológica, pareciera como si alguien que no hubiera estudiado lógica no pudiera argumentar, lo cual, por supuesto, es una verdadera barbaridad. ¿La gente que no tiene estudios no argumenta?, ¿la gente que no ha estudiado filosofía no argumenta? Pues argumentan exactamente igual que el resto de los humanos. Aquí se puede ver una especie de elitismo lógico que me parece tremendamente problemático. A mí me parece que esto que estoy diciendo es evidente, ¿por qué no es evidente para todo el mundo?

A este respecto, en el libro del que os hablé en la pregunta anterior, quiero mantener algo muy parecido a lo que, en mi opinión, mantenía Frege, y también Brandom, Sellars, Wittgenstein, Aristóteles: *los argumentos formales no son más que abstracciones de argumentos reales*. Claro que tiene interés formalizar. Aprendemos mucho de esas estructuras después de haber hecho un buen trabajo taxonómico, pero *las estructuras no están primero, están después*. El *Modus ponens* es una regla correcta porque representa el significado del condicional en el lenguaje natural y no al revés. Aquí se ve claramente el naturalismo del que os hablaba. Uno no puede entender lógica si uno se dedica exclusivamente a hacer cosas dentro de los cálculos y a hacer, por ejemplo, pruebas metateóricas acerca de las propiedades de los cálculos. Alguien así tendría un trabajo fantástico como matemático y no tengo nada que decir contra eso, pero ese no es el tipo de lógica en el cual estoy pensando y del cual os he hablado. La lógica en la que estoy pensando es la lógica de *Begriffsschrift*, de la *Conceptografía*, que es un método transversal de representación de inferencias reales, que no tiene ninguna especial relación con las matemáticas (es claro que en el caso de Frege ese fue el origen, pero si quisiéramos hablar de filosofía política tendríamos exactamente lo mismo).

Quisiera aclarar que no estoy rechazando el trabajo meramente técnico, lo que algunos llaman lógica pura. Lo que estoy diciendo es que, es un tipo de trabajo que no es lo que yo entiendo por lógica y argumentación. Además, fijaos que, esta concepción formalista de la lógica siempre está mezclando



las cosas, como que se siente en la obligación de explicar por qué lo que hace es importante para la argumentación y, para mí, la respuesta es: no lo es, que dejen de empeñarse porque no lo es. No sé si me explico, o sea, tenemos estas dos cuestiones: ¿qué hacemos cuando llevamos a cabo inferencias? y ¿qué propuso Hilbert, Tarski y otros autores en la metodología de las ciencias formales? Pues bien, no tiene nada que ver una cosa con la otra. Podemos encontrar puntos de contacto entre ambos, pero en realidad son proyectos completamente distintos.

Hasta aquí es como veo las cosas sobre lógica, luego está lo propio en teoría de la argumentación. Pero no sé si paro aquí, me decís alguna cosa o si me queréis preguntar algo sobre lo que he dicho hasta acá y luego pasamos, si queréis a lo de la teoría de la argumentación. Tampoco quiero dar aquí un discurso gigantesco.

Ed: Puedes terminar esa parte, igual, en un momento lo vamos a retomar ya enfocado hacia la educación, entonces, viene bien.

MJF: Vale, la cuestión de la educación la hablo después. En la cuestión de la investigación retomo lo que he venido diciendo. Para mí es sorprendente que no tengamos una definición correcta de constante lógica, de validez, de verdad, en fin. Si miráis en congresos o en las mejores revistas del mundo, hay gente discutiendo sobre la definición correcta de verdad, sobre concepciones invariantistas de las constantes lógicas, derivaciones de la propuesta de Tarski, etc. Y uno se pregunta, ¿para qué? Yo a veces digo que, lo que tenemos es como el monstruo de Frankenstein, o sea, estamos agarrando de muchos sitios distintas nociones e intuiciones y poniéndolas juntas, y de esa manera es imposible que salga nada. Así es como veo el panorama de la lógica contemporánea y me parece un panorama triste –excepto por la gente que trabaja probando teoremas, pero esta es cada vez menos porque hay muy pocos teoremas por probar–. Entonces, simplemente eso es lo dominante y cuando hablemos de la cuestión de la enseñanza, lo que querré decir –lo adelanto– es que es muy difícil entrar en el aula con esta concepción de la lógica. No hay manera de que tus alumnos entiendan de qué estás hablando, entre otras cosas porque los profesores tampoco lo entienden. Ya terminé.

Ed: Sobre las siguientes preguntas ya has adelantado algo, pero nos gustaría que nos dijeras ¿qué problemas específicos has identificado a la hora de enseñar lógica? y ¿cuáles son los problemas más recurrentes, tanto en profesores como en estudiantes, en el proceso de enseñanza y aprendizaje de la lógica?

MJF: Lo más difícil es que entiendan de qué estamos hablando, y ya digo que el problema es que los profesores tampoco lo entendemos. Nosotros muchas veces le queremos decir a los alumnos que necesitan eso que les enseñamos para hacer análisis en filosofía o para evaluar argumentos. Eso es terrible, porque lo que nos dan de tiempo de enseñar en lógica es completamente trivial. A mí me da vergüenza porque he dado muchos años clases de lógica y tampoco lo tenía claro (no tenía las ideas que tengo ahora), y me sentía un poco rara porque tenía que explicar que eso tenía mucha importancia y; sin embargo, los resultados finales eran muy triviales. Les pones a tus alumnos un argumento



que tiene, como mucho, veinte pasos y la tarea es demostrar o probar que la premisa se sigue de las conclusiones –y ya con veinte pasos estás que te mueres (ja ja ja)–. Pero ese argumento con veinte pasos que tú lo reconstruyes en un cálculo específico, una persona común hace una argumentación similar en un minuto, no necesita traducir. ¿Qué es lo más difícil? *Entender qué estamos haciendo cuando hacemos lógica*. Claro, los alumnos dicen: ¿y esto qué tiene que ver con las clases que me dan en historia de la filosofía o metafísica? Y la respuesta es: “muy poco”.

Hay una cosa muy importante que muchas veces dejamos de lado, y que es central para la metodología de la filosofía: la traducción. Cuando explicaba lógica, sobre todo lógica elemental, dedicaba muchísimo tiempo a enseñar a traducir de un lenguaje natural a un cálculo lógico, porque cuando uno traduce lo que hace es análisis conceptual. Uno identifica cuáles son los conceptos que tiene delante y cuál es el estatus, si son conceptos de segundo orden, si son conceptos de primer orden, si son términos singulares, etc. Y te das cuenta cuando tienes que traducir una argumentación filosófica a un cálculo lógico que tú tienes que elegir: cuáles son esos aspectos de la argumentación filosófica que tienen que ser explícitamente representados formalmente, para que lo que te quede sea formalmente válido. Pareciera como si el argumento fuera válido porque es una instancia de un argumento válido que es formal, pero no es correcto. Lo que hacemos es que: si intuimos que el argumento es válido tenemos que traducir bien, ¿qué quiere decir? Tenemos que identificar correctamente los conceptos para que el esqueleto formal nos quede válido.

Una cosa que Susan Haack recoge, en su libro de filosofía de la lógica, es la distinción entre lógica *Utens* y lógica *Docens*. Yo intento matizar esa distinción diciendo: *trabajar dentro de un cálculo es trivial, trabajar fuera de un cálculo es imposible*; –imposible manteniendo las exigencias de los cálculos–. Es decir, les hacemos a nuestros alumnos una ficción, los llevamos a pensar que hay algo interesante detrás de los cálculos y, además que, es algo muy profundo y difícil. ¡No!, lo que es difícil y lo que es interesante está afuera. Podemos hablar, por ejemplo, del problema de las constantes lógicas, de su definición –que es un problema muy clásico–, del problema de tonk y del invarianismo y todas esas cosas. La cuestión es: ¿cómo definimos las constantes lógicas?, ¿dentro del cálculo o fuera del cálculo?, ¿las intuiciones que tenemos también valen o solamente las reglas de inferencia? –Yo creo que todo esto es ridículo, no tiene sentido–. ¿Cuáles son las constantes lógicas dentro de un cálculo? ¡Eso ya lo tienes decidido! ¿Y cómo funcionan? ¡También ya lo sabes!, porque las reglas de inferencia te determinan exactamente cómo funcionan. *Lo difícil es identificarlas en el lenguaje natural y mirar si las reglas que tú has identificado en el cálculo lógico responden a la forma en la que tú usas esas nociones en el lenguaje natural cuando argumentas*.

Entonces, ¿cuál es la parte que yo creo difícilísima de estudiar lógica? Primero, que los alumnos entiendan qué estamos haciendo; segundo, que los alumnos aprendan a traducir porque eso significa hacer análisis conceptual. Por eso creo que no se puede eliminar la lógica de los estudios de filosofía, porque, entre otras cosas, gracias a que aprendemos lógica, sabemos que

los cuantificadores son conceptos de segundo orden, por ejemplo, sabemos que los argumentos ontológicos son falaces, entendemos la cuestión de las descripciones definidas de Russell, etc. Si uno no tiene nociones técnicas de cómo traducir a un cálculo, si uno no tiene herramientas de análisis sutiles para traducir, por ejemplo, las descripciones del lenguaje natural a un cálculo lógico, como lo hacía Russell, entonces uno cae en todas las falacias y en todas las paradojas famosas como las paradojas de la existencia, de la barba de Platón, del mentiroso; todas ellas mitos de filósofos que se desvanecen cuando uno entiende cómo funciona el lenguaje. La lógica nos sirve para eso. Y es justamente la primera parte de la asignatura, la traducción, la que sirve y a la que menos tiempo se le suele dedicar. ¿A mí qué me importa cómo se hace el *modus ponens* en deducción natural? o ¿cómo se elimina el cuantificador? Que sí, que está bien saber todo eso, pero *lo realmente importante es tener un instrumento para hacer análisis conceptual, y eso lo enseñamos al principio, cuando enseñamos a traducir*. Esos son los principales problemas que me he encontrado.

Nuestros alumnos tienen razón, muchas veces en cuestiones intuitivas. Por ejemplo, en la tabla de verdad del condicional, que es absurda. Pues sí, los alumnos tienen razón en que el condicional material con esa tabla no responde a ninguna noción que ellos estén utilizando; claro que no, porque necesitamos una aproximación de otro tipo, una aproximación pragmatista. Esto último es la parte que más trabajo me ha costado, me parece que para enseñar bien lógica debemos que tener en cuenta que simplemente es enseñar un instrumento.

Otra idea que rechazo completamente es esta idea, un poco elitista, de supremacismo lógico: tienes que saber lógica para saber argumentar, si no sabes lógica eres un tonto o lo que hacemos los lógicos es algo completamente especial, ¡pues no! La lógica (entendida como los cálculos) es meramente un instrumento, un instrumento para hacer cosas fuera de la lógica misma. Tenemos que asumir que estamos explicando un instrumento, un instrumento de análisis conceptual, que no tiene la capacidad de descubrir verdades. Esto era lo que decía Frege en *Begriffsschrift*; su conceptografía no propone verdades nuevas, solamente las explicita. La lógica no descubre nada nuevo, simplemente es un instrumento muy interesante y potente para representar las sutiles relaciones lingüísticas y conceptuales. Si uno no tiene un aparato de análisis conceptual potente, hay muchísimas sutilezas del lenguaje natural que no se pueden representar.

Claro que la lógica es muy importante, pero la lógica en cuanto *Begriffsschrift*, es decir, en cuanto escritura conceptual. Está muy bien trabajar dentro de los cálculos, no lo desecho, pero hay que tener en cuenta que esa es una cuestión meramente técnica. Cuando mis alumnos, y sobre todo alumnas, decían que no se les daba la lógica, yo les respondía:

Primero, no se te puede no dar la lógica, porque la aprendemos cuando a aprendemos a hablar. Segundo, trabajar dentro de un cálculo es una trivialidad, o te lo explican mal o simplemente no tienes interés. Puede ser que no te guste porque te recuerda las matemáticas que te amargaron la vida de pequeño.

No puedes no entender el *modus ponens* o el *modus tollens*, o el principio de sustitutividad, porque son trivialidades, los usas todo el tiempo en tus razonamientos y argumentaciones cotidianas.

No hay nada complicado dentro de la lógica, dentro de los cálculos, quiero decir. Esto es algo que deberíamos hacer entender a los alumnos: el profesor de lógica normalmente les impone este tipo de estructuras que los apabullan y los intimidan, y no hay ninguna razón para ello. No recuerdo si iba a decir algo más, pero, en fin, ahí irán saliendo cosas.

Ed: A propósito de esto último, ¿qué retos, problemas, oportunidades has encontrado en esta manera de enseñar la lógica? Es decir, ¿qué dificultades trae consigo poner el énfasis de la enseñanza de la lógica en su carácter de instrumento para el análisis conceptual?

MJF: Esa es una pregunta muy interesante. De hecho, hace mucho tiempo que no enseñé lógica. Es que no hay nada como una teoría lógica, eso no existe. Esta es una idea que aparece también en Brandom y podría aparecer en Frege. La gente puede pensar que: *las leyes fundamentales de la aritmética*, los *Grundgesetze*, son un tratado de lógica. ¡No! *Las leyes fundamentales* son una fundamentación de la aritmética, podríamos decir que son el equivalente a la teoría de conjuntos que inició Cantor con un vocabulario distinto y unas presuposiciones diferentes (Frege no habló de conjuntos, habló de conceptos). Pero esto último no tiene nada que ver con la lógica como teoría de la argumentación. Tenemos que aceptar que *Begriffsschrift* es un instrumento, no una teoría. Cuando Frege explica el cuantificador universal no construye una teoría, lo único que dice es cómo va a representar ciertas expresiones que son generales; es decir, es una teoría de la *representación* dentro de un cálculo o dentro de un lenguaje. A mí me parece que, dentro del inferencialismo no tiene ningún sentido considerar a la lógica como una teoría. *La lógica es el aparato inferencial de nuestros conceptos*, de nuestro lenguaje; es lo que ponemos en práctica cuando argumentamos y cuando hablamos, aunque no estemos argumentando directamente.

Entonces, ¿qué retos me he encontrado yo? Principalmente ese. Le tengo que decir a mis alumnos que no hay ninguna teoría lógica que te enseñe a... También les digo: “No es verdad que hay una teoría que te va a enseñar a argumentar correctamente o que te enseñará a argumentar mejor”. ¿A vosotros alguna vez se os ha ocurrido, cuando estáis trabajando en filosofía, traducir vuestras ideas al cálculo de predicados para aclararlas? Me imagino que la respuesta es no, porque esto jamás le ha pasado a nadie. El reto para enfrentarme a mis alumnos es que no puedo mentir, pero la academia me obliga a mentir porque me da un programa de asignatura y unos libros, de los cuales tengo que decirles cosas que la lógica no va a cumplir. Definitivamente esto como lo hemos venido haciendo no tiene ningún sentido.

Ahora bien, claro que hay cosas ahí que son muy importantes: los cálculos como modelos científicos, el análisis conceptual que identifica

la naturaleza de aquellos aspectos de los argumentos sobre los cuales se basa la relación de consecuencia lógica, etc. Teoría lógica como si nosotros fuéramos el oráculo de la argumentación, eso no existe, eso es falso. Todo esto es un reto para mí y por eso no enseño lógica. Es un reto enorme dar clases de lógica, sobre todo, para un pragmatista. Si nos ponemos a hablar en lenguaje natural, no hay reglas generales. Las reglas que tenemos, las hemos adoptado por el uso mismo de los conceptos, son reglas que están involucradas en los conceptos que usamos.

A veces me sorprende cuando hablo con algunos profesores de lógica y me dicen que los alumnos tienen que saber de, por ejemplo, teoremas de metamatemática (teoremas que hablan de las propiedades metateóricas de los cálculos que usamos). Claro que me parece interesante que sepan eso, pero, de nuevo, esa no es la lógica que tengo en mente; eso no tiene nada que ver con las prácticas reales de la argumentación. Espero estar explicándome con suficiente claridad.

Ed: Normalmente, al menos en Colombia, los cursos de lógica están ubicados en primer semestre, es casi que la primera clase de filosofía que ven los estudiantes. Es mucho más difícil ver toda esta cuestión del análisis conceptual y de los cálculos como modelos científicos con estudiantes que hasta ahora se están introduciendo en la filosofía.

MJF: Claro, en España también está en primero. Por eso digo que la academia nos obliga. Con mi colega Neftalí Villanueva en la Universidad de Granada dimos varios años un curso de lógica y argumentación, en el que poníamos casos concretos de argumentaciones filosóficas. Por ejemplo, hablábamos del argumento ontológico, que habían estudiado en otros cursos, y tirando de ese hilo explicábamos cuestiones sobre existencia. Otro ejemplo, que a mí en un momento me interesó mucho, es la teoría de la identidad psiconeural y, con la excusa del argumento, explicábamos qué significa identidad. Hay argumentos muy importantes en las diferentes posiciones filosóficas y uno puede, a partir de ahí, resaltar el papel de la lógica como instrumento de análisis conceptual. Esa es una manera, pero claro, ya los estudiantes tienen que estar involucrados en la filosofía.

Ed: Ya nos has contado de varios autores y filósofos en los cuales se basa tu manera de entender la lógica y tu trayectoria, pero nos gustaría que nos comentaras de algunos referentes contemporáneos para alguien que se quiera introducir en estos problemas de la naturaleza de la lógica y su enseñanza.

MJF: A mí me parece que no hay alguien que presente el problema así y por esto es que estoy escribiendo mi libro. Para llegar a estas conclusiones tienes que leer cientos de libros y sacar de aquí y de allá. Esto no está dicho todo en conjunto en algún lado. Y esta es la razón por la cual yo quise escribir este libro, por lo menos para iniciar, para que la gente tenga un “lugar” donde ir, así sea para discutirlo y, si así lo creen, decir que está equivocado.

Claro que tengo referentes, pero no específicamente sobre esto que hemos hablado en la entrevista, esto de qué hacer con la lógica. Yo tengo la

admiración más absoluta por Brandom, Huw Price, Recanati, Haack, etc. Además, ya hemos hablado también de varios clásicos. Pero la verdad es que no conozco a nadie que haya puesto todas estas intuiciones sobre la lógica y la teoría de la argumentación juntas para dar un argumento similar al que estoy dando.

Hay muchas personas con intuiciones similares a las mías, no quiero decir que sea la única persona que piensa así, pero normalmente uno sigue a ciertos autores hasta ciertos puntos. Estoy pensando, por ejemplo, en teóricos de la argumentación como Toulmin en su libro *Los usos de la argumentación*. Te pones a leer a Toulmin y te va gustando lo que va diciendo, hasta el punto en que tiene que echar mano de cuestiones formales; se siente tentado a ver la argumentación como una cuestión extremadamente reglada y se preocupa demasiado por la formalidad de la argumentación. Además, me parece que, en teoría de la argumentación, igual que en teoría de los actos de habla, se está montando una especie de escolástica: gente que se dedica a leerse la una a la otra y discuten sobre la última cosa que han dicho en la primera nota al pie de página de la página siete. Y yo digo: ¿y? Los filósofos tenemos la tendencia de construir rápidamente nuevos ámbitos de discusión y esto generalmente desemboca en una escolástica. Si nos ponemos a mirar la pragmatialéctica, por ejemplo, ya tenemos doscientas mil teorías distintas y subgrupos distintos discutiendo los unos con los otros, y eso es lo que me parece completamente absurdo. No tiene mucho sentido. Aquí es donde hago el énfasis en un cambio de narrativa para abordar estos temas y esa es la invitación que planteo en mi libro, la invitación es a mirar estos problemas de otra manera.

Otra cosa que quisiera decir sobre teoría de la argumentación es que, los que se dedican a ella están redescubriendo la filosofía del lenguaje clásica, me parece. Es un problema de los lógicos clásicos. Una de las motivaciones de la teoría de la argumentación clásica era el rechazo a la concepción formalista de la lógica –una motivación muy razonable, por cierto–. Pero para rechazar la concepción formalista de la lógica lo único que hay que hacer es leer bien a Frege; es decir, lo único que tiene que hacer uno es estudiar filosofía del lenguaje. Claro que los teóricos de la argumentación contemporáneos dicen muchas cosas interesantes, pero opino, que han creado mucha, no sé cómo decirlo; tal vez, mucha “materia” que realmente no sirve para explicar mucho, sino que es interna al debate. Así es como yo lo veo.

Ed: Nos has hablado un poco de teoría de argumentación. Para terminar, nos gustaría que profundizaras un poco en la relación (o no) entre lógica y teoría de la argumentación. Escuchándote, pensábamos que las teorías de la argumentación también están interesadas en este análisis conceptual del que hablabas, pero también es cierto que los teóricos de la argumentación normalmente no están interesados en un ejercicio como la traducción, sino que tienen sus propios métodos y esto puede hacer pensar que hay un abismo entre ambas. ¿Cómo ves tú las relaciones y los abismos entre lógica y argumentación?



MJF: No lo sé, no lo tengo muy claro. No soy una experta en teoría de la argumentación, aunque he leído bastante al respecto. Las cosas generales que leo o escucho sobre teoría de la argumentación me parecen razonables, aunque ya están dichas cincuenta veces. Pero cuando ya te metes en temas mucho más específicos, como, por ejemplo, los pasos de la argumentación, te das cuenta de que ya están desarrollando su propia terminología para decir cosas que son similares a las que los filósofos del lenguaje decían y, entonces, ya es muy difícil entrar. Este es un problema que tenemos los filósofos. Es que nos construimos nuestro propio lenguaje y vemos que distintas teorías dicen lo mismo con lenguajes distintos, y eso hace que sea difícilísimo entenderse las unas con las otras.

Y no quisiera terminar sin decir algo sobre el análisis conceptual. Se ha puesto de moda, últimamente, la ingeniería conceptual, de la mano de Cappelen y otros filósofos que trabajan en el norte del Reino Unido. Pues bien, lo que yo quiero decir por análisis conceptual es distinto. Algunas cosas de las que quiero decir, ellos también las dicen, pero el problema es que la ingeniería conceptual se está convirtiendo en un paradigma de análisis que está en contra de todo lo que yo os he hablado: es atomista, representacionalista, formalista; es decir, todas las cosas que yo rechazo. Y me parece que es como si empezaran desde cero (han recibido mucha financiación europea). Las cuestiones a las que me he acercado de ingeniería conceptual no me convencen porque, aunque hay algunas intuiciones que sí son claras, hay otras en las que parece que van a construir sus propias teorías, con sus propios vocabularios, con sus propios expertos famosos y demás aspectos. A mí ese tipo de filosofía no me interesa realmente.

Ed: Muchas gracias, profesora María José. Agradecemos mucho tu tiempo y tus palabras en esta interesante entrevista. Estamos seguros de que aquí hay mucho material significativo y atrayente, tanto para estudiantes como para profesores de filosofía.

MJF: Encantada. Gracias a vosotros por haberme invitado y por la amena conversación.

